

Fecundidad de amor y de vida

Los primeros años de matrimonio constituyen el momento propicio para poner los fundamentos del amor. Y el cimiento natural del amor, de cualquier amor, es la fecundidad. Todo amor es fecundo, tiende a expandirse, es espiritual y materialmente fértil. La esterilidad nunca ha sido atributo del amor. No es cicatero ni mezquino.

El cauce natural, el más propio, el que distingue al matrimonio de los demás amores humanos es la posibilidad de transmitir la vida: los hijos.

Cuestión distinta es el número: ¿quién puede poner número al amor?... , más aún, ¿quién puede juzgar y cifrar el amor de otros en un número? Hay que ser muy cautos y no juzgar nunca, pues pueden haber motivos para espaciar el nacimiento de los hijos (respetando la naturaleza propia de las relaciones conyugales). Pero el principio ha de quedar claro: lo propio del amor es la fecundidad, no la esterilidad.

**Todo amor se desborda,
invita a salir de uno mismo.**

**Es rico en detalles, en
atenciones, en tiempo, en
dedicación..., y también en
hijos, si Dios los envía, por lo
menos en la intención**

**Por lo tanto, lo propio
del amor es la
fecundidad, al menos,
de deseo, pues la
biológica no siempre
depende de nosotros.
Un amor matrimonial
que se cerrara
voluntariamente a la
posibilidad de
transmisión de la vida
sería un amor muerto,
que se niega a sí mismo**

Javier Vidal-Quadras
opudei.org

Los primeros años de vida matrimonial

Sobre el matrimonio



Colección +breve
Más títulos en masclaro.org/+breve



Cuando se comienza a vivir con otra persona, surgen costumbres y modos de ver la vida diferentes y profundamente arraigadas que es necesario respetar y aceptar. Aquí se sugiere cómo poner los fundamentos del amor.

No se trata de pedirle al otro que se anule para nosotros. Al matrimonio no vamos a perder nuestra personalidad, sino a ganar una personalidad nueva, la de nuestra mujer o nuestro marido.

En los primeros años de matrimonio concurren dos perfiles psicológicos, dos biografías personales, dos culturas familiares, dos estilos que hay que ensamblar

Poner nuestras vivencias la mismo nivel

Cada cónyuge, como cualquier persona, experimentará mayor sintonía con aquellas maneras de hacer (orden, horarios, normas de educación, modos de estar y modales, etc.) propias de su familia de origen, porque en ellas ha educado sus sentimientos.

Desde el momento en que nos casamos, hemos de hacer *tabula rasa* de esas preferencias. No hay que anularlas, sino ponerlas en el mismo nivel que aquellas que nuestra mujer o marido aporte al matrimonio.

Este posicionamiento respetuoso ante la cultura familiar de nuestro cónyuge será una ayuda valiosa a la hora de relacionarnos con la familia política.

El matrimonio no consiste en convivir con alguien que se sume a nuestro propio proyecto personal, sino en elaborar junto con esa persona el proyecto matrimonial

Renuncias mutuas hechas con amor

Como la construcción de este proyecto común está esencialmente integrada por renunciaciones y cesiones mutuas, es muy probable que algunas costumbres nuevas nos resulten ajenas y nos cueste al principio identificarnos con ellas.

En estos primeros años tendremos también que definir el estilo de vida respecto al uso del tiempo de descanso y diversión, de los gastos; en el trabajo, en los planes conjuntos, en la dedicación a algún voluntariado o labor social, en la vida de piedad, etc.

Si hay amor y equilibrio, es cuestión de tiempo. Así nos ha sucedido con tantos hábitos y prácticas (de piedad, por ejemplo) que nos eran extrañas al descubrirlas, y que con el tiempo se integraron en nuestra vida hasta formar parte de nuestro yo

Comunicación centrada en el otro

La comunicación en la persona es omnicomprendiva. Comunicamos con todo y en todo momento, pero no deja de ser una técnica en la que se puede mejorar.

Ante cualquier dificultad en la vida de relación existe una única persona sobre la que cabe actuar para hacer que la situación mejore: nosotros mismos. Y esto es siempre posible.

Si me centro en mí, exigiré al otro que cambie y se adapte a mis deseos; al contrario, si me centro en el otro, intentaré cambiar yo y adaptarme a él

De ordinario, se pretende que sea el otro cónyuge el que cambie y casi nunca se logra. Si quieres cambiar a tu cónyuge cambia tú primero en algo